

## IX

La mujer estaba inmóvil, de pié delante de la chimenea, con el brazo derecho extendido sobre el mármol y la mano izquierda caída á lo largo del cuerpo, el busto y la cabeza estaban un poco inclinadas hacia atrás. Bajo los pliegues de un gran abrigo de satén negro, que también estaba cerrado, solamente se podía percibir su elevada estatura, su hermosa espalda de redondeadas formas y su desarrollado y prominente pecho. Sus manos eran pequeñas y delicadas,

según se dibujaban debajo de los guantes, y su vestido ligeramente levantado por la parte inferior, dejaba ver unos piés perfectamente calzados, pequeños y diminutos. Un capuchón de satén negro, como el abrigo, le cubría la cabeza ocultando sus cabellos. Los encajes, que, cosidos á la orilla del mismo le caían sobre la frente, los ojos y las mejillas dejaban ver únicamente un poco de su nariz y su boca.

Esto era muy poco : y sin embargo, ya estaba prendado de aquella mujer encubierta, cerrada, blindada, á quien no podía ver y me era preciso adivinar.

Este sentimiento tan repentino se explicará muy fácilmente cuando me haya confesado ; lo que más me gusta de la mujer y lo que yo admiro sobre todo es la boca.

\*\*\*

La palabra boca significa para mi un todo, un conjunto compuesto de labios, dien-

tes, encías, lengua y paladar. Para que una boca sea bonita, es necesario que todas las partes de este conjunto no dejen nada que desar.

\*\*\*

Una mujer que tenga la nariz demasiado desarrollada, sin tener rasgos de hermosas líneas y que pase por fea, puede ser encantadora si la boca es acabada.

Por el contrario, á pesar de la pureza de las líneas y su reputación de belleza, una mujer no me dice nada, si tiene una boca mal hecha.

\*\*\*

Pero no por esto soy exclusivista en cuestión de bocas. No exijo prodigios de dibujo, ni que estén formadas según las reglas del arte, siempre pequeñas, de agradable sonrisa y dientes pequeños, que han dado en

llamar perlas, formando un todo también pequeño y sonrosado.

No exijo tanta corrección en el detalle. Los labios, según á mí me gustan, pueden ser fuertes, carnosos, gruesos, los dientes largos y aun colocados con poca simetría, con tal de que sean blancos y estén sanos; para concluir, la boca propiamente dicha, la parte exterior que va de una á otra mejilla puede ser grande. Mientras mayor sea, hay más sitio para besarla.

\*\*\*

¡ El beso ! Es lo mismo que decir la mujer entera, la primera y la última palabra de amor.

\*\*\*

Yo entiendo por beso, el beso que se da

en la boca; los demás no importan ó importan muy poco.

\*\*\*

El beso provoca el deseo, le aumenta, le sostiene, y cuando se ha satisfecho, vuelve á provocarle.

Es un excitante y un aniquilamiento: irrita, calma y mata.

\*\*\*

Un simple beso, enseña al hombre que tiene experiencia si es amado y hasta qué punto. Una mujer podrá entregarse toda entera, por interés, por costumbre, por depravación; pero su beso valdrá algo solamente en el caso en que ella ame.

La mujer vende su persona; da su beso.

El beso para ciertas mujeres es el esti-

mulante del festín, el aguijón del apetito, el *caviar* que se toma entre dos platos. Para otras es el plato de resistencia, el que ellas prefieren y que algunas veces puede satisfacer su hambre.

\*\*\*

A pesar de sus refinamientos y sus valentías, el beso de dos seres que se aman sinceramente, es siempre puro.

\*\*\*

No hay necesidad de asistir á la escuela del beso: por instinto, puede ser sabio. En cuestión de besos, hay personas muy honradas, que poseen la ciencia infusa.

Sin embargo, muchas mujeres, bastante apasionadas, no han comprendido nunca nada del beso: le reciben y no saden de-

volverlo; presentan los labios, cierran la boca; aprietan los dientes y creen que ya está hecho todo. De estas puede decirse que tienen la ignorancia infusa.

\*\*\*

En un beso estriba algunas veces un amor durable. Si gusta, se sigue adelante; si no satisface, termina todo.

\*\*\*

Entre el beso y sus consecuencias, no se debe dejar transcurrir mucho tiempo. Si es posible, no le dejéis enfriar. Una boca que se ha enfriado se pregunta á sí misma, razona, y algunas veces suele escaparse su propietaria.

\*\*\*

Pero aquí no se trata más que de los be-

sos de mediana virtud. Un beso consentido ó dado por una mujer honrada, la obliga para el porvenir, ó por lo menos atormenta su conciencia de una manera cruel:

— ¿Puedo detenerme aquí? se pregunta. ¿No estoy obligada á entregarme por completo?

\*\*\*

Después de haberse hecho esta pregunta, algunas recorren el camino que queda, y otras se detienen de una manera brusca, emprendiendo la fuga. Antes de condenar á estas últimas, es preciso tener en cuenta las circunstancias. Si han obedecido á la fascinación del momento ó á un desvanecimiento pasajero, creo que tienen derecho á volver en sí, arrepentirse y no pasar adelante. Pero si eran dueñas de su razón, si han consentido espontáneamente, entonces deben entregarse por completo al interesa-

do; pararse en este caso, es mucho más criminal que seguir adelante.

\*  
\* \*

Algunas coquetas llevan su coquetería hasta el beso, pero beso reincidente, y después dicen : « Basta. » Si se hacen la ilusión de creerse únicamente coquetas, se engañan, son también almas ruines.

\*  
\* \*

Si para tranquilizar á una mujer que se defiende y tiembla pensando en un desenlace fatal, le dijese alguno : « No quiero más que el beso vuestro ; si me lo concedéis, yo os juro no pedir más ; » es tan inocente que da crédito á semejantes palabras, debe más tarde resignarse á soportar las consecuencias de su candidez.

Si no es inocente, no es muy honrada : nunca se hacen transacciones de semejante clase.

\*  
\* \*

Existen casos excepcionales, en que un hombre puede de buena fe prometer que no pasará de los límites de un beso. Apasionados admiradores de las bocas bonitas, han notado que hay infinita variedad en la forma, color y mérito, y quieren poseer todas las variedades de la especie. Por aumentar su colección con un ejemplar raro y precioso, están dispuestos á hacer toda clase de sacrificios, aceptan lo que se les da, contentándose con lamentar lo que se les niega. Si el sentimiento es demasiado vivo, al separarse de una boca bonita, se dedican á buscar una mujer hermosa, y viven doblemente á su lado, por la realidad y por el recuerdo.

\*  
\* \*

Los párrafos anteriores se refieren á los besos en que únicamente ha tomado parte la imaginación. Los que se dan con el corazón, no conocen nada de estas reticencias, acomodados, compromisos y corrupciones. El corazón no calcula; si calculase, no sería corazón.

\*  
\* \*

Cuando una joven se deja dar el primer beso, cree en un principio que nunca tendrá fin.

\*  
\* \*

Cuando el corazón toma parte, todos los besos son buenos, aun los más inexpertos.

\*  
\* \*

El beso místico, que se da mentalmente

y no con los labios, sino con el alma llena de pasión, es el más sensual de todos los besos. Inconscientemente está rebosando deseos.

\* \*  
\*

El beso de la cortesana que se da, es candente, fogoso, acre, falto de delicadeza, de suavidad y de dulzura. Ha olvidado el beso anterior á su caída, el beso de las nieves de antaño.

El beso de la cortesana que se vende es el peor de los besos. De este se debe hablar únicamente de oídas. Aquélla se queda admirada de que se dé importancia á una cosa tan insignificante, á que ella no solo no se presta sino que desprecia al que se lo pide.

Aquí están, lanzadas al azar y sin orden, algunas reflexiones que me ha sugerido el beso. ¿Queréis saber la opinión de dos poe-

tas sobre el mismo objeto? Alfredo de Musset dice así :

Amo y anhelo sufrir,  
Amo y quiero padecer,  
Amo, y por un solo beso  
Mi vida entera daré.

Tu labio fugitivo  
Retiras desdeñosa,  
Eso no es dar, hermosa,  
El beso del placer.  
Eso es dar un deseo  
Y hacer perder la calma,  
Eso es herir el alma  
Con otro padecer.

Aunque en número infinito  
He sufrido tus ultrajes,  
Y mi lengua está desecha  
Y rota de suplicarte,  
En balbucear tu nombre  
Todavía se complace.

El azul transparente de tus ojos  
Los blondos y finísimos cabellos,  
Y tus dientes traidores y lascivos  
Flechas son del amor y del deseo.

Unidas estrechamente  
Tu hermosa boca y la mía,  
Que tu aliento enamorado

A los dos nos preste vida,  
Hasta el supremo momento  
En que los goces nos rindan,  
Y sin cesar devorados  
Por los furoros que avivan  
Y acrecientan el deseo  
Preso en un ansia infinita,  
En un beso ardiente y último  
Nuestros pechos se derritan,  
Y exhalen un alma sola  
Saturada de delicias.

Juan Segundo, poeta del siglo xvii, en diez y nueve versos traducidos por Guizot, ha descrito diez y nueve besos.

Podría aumentar el número de citas dejando hablar al poeta Dorat y á sus *Besos*; pero prefiero volver á mi desconocida, que, envuelta en seda, terciopelo y encajes, no me dejaba ver más que su boca.

X

Aquella boca, puesta como en un marco por el velo de arriba, y los dedos enguantados en negra cabritilla, en que apoyaba el labio, se ostentaba magnífica, voluptuosa, lasciva. Era grande, dibujada francamente, terminando con limpieza en sus extremos, en que aparecía un ligero bello rubio. Los labios gruesos, rojos, separados uno de otro, y algo levantado el superior, dejaban ver unos hermosos dientes blancos, sólidos y simétricos.

Sí, aquella era la boca que yo había deseado durante mucho tiempo. Había visto y conocido muchas; había amado muchas, y no había podido encontrar una como ella.

Aquella mujer se callaba, permaneciendo inmóvil, y sin embargo, la oía hablar, la comprendía: tal era su expresión y su vivacidad. Apretados los dientes por una especie de contracción nerviosa, imperceptibles pliegues á la extremidad de sus labios, y un conato de sonrisa que apenas se dibujaba, revelaban á la vez tristeza, admiración, duda y resolución. Se desea leer en los ojos, pero es la boca la que hay que estudiar. Una mujer desconfía de su mirada y se pone en guardia, olvidándose de decir á sus labios: « Permaneced impasibles, inertes. No os pongáis encendidos ni hagáis ninguna contracción, y sobre todo, conservadlos secos sin humedecerlos. »

Miré á mi desconocida, inmóvil como ella, apoyando el codo sobre la chimenea, imitando su postura.

También yo permanecía en silencio, imaginando quién podría ser, y encontrando una especie de satisfacción en mi duda y en mi ignorancia.

Lareine había dicho la verdad : aquella mujer no se parecía en nada á todas las demás que había encontrado en aquel sitio. Era menester que ella experimentara alguna cosa extraordinaria y rara, puesto que yo, que por lo general no pierdo el tiempo, sino que voy derecho á mi objeto, permanecí extático contemplándola, sin moverme.

De buena gana le hubiese dicho : « ¿Quién sois? ¿Qué venís á hacer aquí? ¿Qué buscáis? Os habéis equivocado, ¿no es verdad? ¿Creíais estar en otro sitio muy diferente? » Y sin embargo, vacilaba al ir á dirigirle la palabra, contentándome con mirarla siempre. Hubiera querido acercarme á ella lenta y dulcemente, para posar mis labios sobre los suyos tan magníficos, y no me atrevía. Aquella boca, que tenía tantos atractivos por su forma y su color, á pesar de su fría

y desdeñosa expresion, me intimidaba y me enloquecía en cierto modo.

A pesar de esto, comprendí muy pronto que era tonto y ridículo olvidar el sitio en que me encontraba y la situación de aquella mujer, que había ido allí para entregarse y venderse sin duda alguna.

De repente, y con un movimiento rápido, me adelanté para cogerla y atraerla hacia mí.

No pude conseguirlo : mi acción la había espantado, haciéndola retroceder instintivamente de una manera brusca.

Pero yo había ya avanzado demasiado en mi camino para detenerme. Me acerqué á ella, rodeando su talle con el brazo derecho, mientras que con la mano izquierda trataba de levantar su velo.

La mujer se defendía, haciendo violentos esfuerzos por desprenderse, murmurando oprimida, convulsa y calenturienta : « ¡No, no ! ¡ Dejadme, dejadme ! ¡ Quiero irme ! ¡ Dejadme ! »

Mientras tenía lugar esta lucha, los encajes que cubrían su rostro se iban quitando poco á poco, dejando ver una frente joven y pura, unos cabellos rubios como el oro; ojos azules, rasgados y de mirar profundo, cejas arqueadas y pobladas de un bello más oscuro que el de sus cabellos, y que casi se juntaban; una nariz regular, recta, acentuada sin exageración, abierta y trémula. Pero, absorto en contemplar estos detalles, que apenas entreveía uno después de otro, se me escapaba el conjunto.

Sus nerviosos y robustos brazos, sus ágiles manos, y sus rápidos y bruscos movimientos, tuvieron ventaja sobre mí durante algún tiempo, consiguiendo desasirse, volverse á tapar el rostro con sus encajes y ponerse el abrigo, que medio se le había desprendido, dejando percibir un talle fino y flexibles y desarrolladas caderas.

Se aprovechó de su libertad para dirigirse hacia la puerta andando hacia atrás y haciendo frente para estar dispuesta á de-

fenderse, si todavía era atacada de nuevo.

Yo dejaba que hiciera lo que quisiera, porque estaba convencido de volverla á coger cuando me pareciera oportuno; además, ¿no estaba la puerta cerrada con llave por la parte exterior?

A la primera tentativa que hizo para abrir, lo comprendió todo y con voz suplicante que ella se esforzaba inútilmente por hacer aparecer firme, me dijo: « ¡Caballero, os pido perdón por haber venido aquí! Yo no conocía esto... y me creía más fuerte... si sois un hombre leal ayudadme á salir. » No, respondí. Me precio de ser caballero, pero depende de las circunstancias y de las personas que hacen un llamamiento á mis sentimientos caballerescos. Me conduciré como caballero galante, con una mujer que en algunas ocasiones traspase el límite de sus deberes. Pero bajo la influencia de ciertas excitaciones es muy difícil la caballerosidad; la renuncia y el sacrificio llegarían á la sublimidad y yo no me precio de ser

sublime. En la situación en que yo me encontraba, militaban muy buenas razones para decir : « Existen muchas mujeres que aunque están resueltas á sucumbir, empiezan siempre por defenderse, bien sea porque ellas esperen que haciéndose desear se las ha de amar más, ó bien porque la lucha es una necesidad de su organismo que las prepara al abandono, haciéndolas más voluptuosas. »

Por lo tanto, en lugar de obedecer, me acerqué á ella de nuevo. Arrimada junto á la puerta, no podía retroceder, ni huir. Le cogí las manos para impedir que me rechazase teniéndola sujeta contra mí, mis rodillas contra las suyas, mi pecho sobre el suyo y mis labios cerca de los suyos, murmurando : ¡ No, no ! No os dejaré marchar. Sois demasiado hermosa y os deseo, quien quiera que seáis.

Todavía resistió algún tiempo más ; me suplicó, irguió su cuerpo y retiró sus rodillas para huir el contacto de las mías, ha-

ciendo desesperados esfuerzos para retirarse : poco rato después, debilitada, rendida por la lucha que sostenía, calenturienta quizá como yo lo estaba, se colocó en postura natural, y me dijo con voz breve pero resuelta : ¡ Bueno, sea, concluyamos !

Y uniendo la acción á la palabra, se desprendió de mí alejándose de la puerta, se fué al medio del salón, y con aire vivo y nervioso, se quitó los guantes, dejó caer su abrigo y colocó su mano sobre los encajes del capuchón.

Por fin iba á ver el conjunto y abarcar en una sola mirada, todos sus rasgos, reuniendo todos los detalles de su rostro para formar un todo.

Mi esperanza duró muy poco ; en el momento en que se iba á quitar el velo que la cubría y en el cual esperaba lleno de curiosidad, se inclinó trémula y precipitadamente sobre la chimenea y antes de que se pudiera haber imaginado, apagó las dos bujías que nos alumbraban.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Empezar á gritar, protestando y luchando de nuevo? ¿Retrasar la hora que parecía haber sonado por último? Me pareció que era preferible á pesar de la oscuridad, llegar al altar cuyo sitio conocía y esperar que la vestal llegase también á él para sacrificar á los dioses.

## XI

Si alguna lectora bastante espiritual y bastante curiosa para haberme seguido hasta aquí, se volviese temerosa ó un poco timorata desde este punto, se parase, preguntándose : « ¡A dónde va á parar, Dios mío! ¿A dónde va? ¿Debo continuar? ¿Me lo permite mi conciencia? » Yo le respondería : Creo señora, que vuestra conciencia os lo puede permitir todo. Lo que tengo que deciros en este capítulo, no es lo que podéis presumir ni lo que podéis imaginar. Es